

Presentación

A la altura de nuestro tiempo, muchas de las críticas filosóficas que la mentalidad ilustrada dirigió a la religión no resisten el análisis riguroso. Aunque es verdad que han aportado perspectivas para entenderla. La pretensión, por ejemplo, de que la religión tiene su origen en el terror, como un medio para conjurarlo, la desliga paradójicamente de la antropología. Es decir, no explica por qué los animales no mitigan su miedo con prácticas religiosas, y con ello queda sin justificar el carácter específicamente humano de la religión. Por otro lado, un autor como Rudolf Otto reconoció en lo *tremendum* un ingrediente de la vivencia religiosa misma y no exclusivamente previo a ella. Asimilar la religión a un sentimiento de dependencia tampoco da cuenta del carácter humano de la misma. Sin embargo, contorneando el temor o la dependencia, parece que un ánimo reverencial sí que quedaría comprendido en la explicación del fenómeno religioso en cuanto tal.

Algo parecido cabe decir de la identificación de la religión con la moral según el gusto kantiano. Nació muerta ante cualquier fenomenología mínimamente seria del hecho religioso. Pero es verdad que en el umbral mismo de la religión o en sus aledaños puede haber una demanda de justicia «que clama al cielo».

Es delicado saber si la reflexión filosófica va por delante de la sensibilidad social o al revés. Socialmente persiste la actitud de las filosofías de la sospecha en relación con lo religioso. Incluso como signo de progresía, lo que ya es bastante desconocimiento de lo que desde entonces se ha ido pensando en torno a la religión. Mas no faltan quienes reconocen a la religión un estatuto teórico propio, por más que la búsqueda de su peculiaridad continúe siendo una búsqueda abierta. El aficionado a la verdad declinará la fácil oferta de regatear pensamiento a algo que lo reclama por sí mismo. El debate educativo en torno a la religión como asignatura, tan presente en los países de la Unión Europea, puede no ser más que el síntoma de que pensar la religión, en esta Europa postilustrada, es un imperativo que difícilmente tolera ya el expediente fácil de las reducciones de uno u otro signo.

José Luis Caballero Bono